

Su aspecto estaba amarillo ; sus manos frías como el mármol, sus labios amoratados.

Y era que la última esperanza de su vejez acababa de morir.

Lo que había de terrible en todo esto era que no había medio de acumular la falta á nadie ni de acriminar á persona alguna.

Todo el mundo había tenido buena intención hasta el pobre cura de la Bouille.

Era pues la fatalidad : hé aquí todo.

Corrieron á casa del farmacéutico á buscar sales.

Á fuerza de sales y vinagre volvió en sí Mad. Corby.

Lo primero, no que vió, ¡ pobre ciega ! sino que sintió, fué á su hijo que la consolaba, él que tanta necesidad tenía de ser consolado.

Pero no se daba cuenta de su dolor el buen Justino cuando alguno sufría á su lado, y sobre todo cuando este alguno era su madre.

Permaneció pues cerca de Mad. Corby no sólo hasta que volvió en sí, sino hasta que se acostó.

Entonces, comprendiendo la necesidad que su hijo tenía de llorar, y conociendo que no se atrevía á llorar en su presencia por temor de desesperarla, exigió que se retirase á su cuarto.

Volvió á bajar Justino á su pequeña habitación : todo lo que llevó del primer piso fué el adorno de flores de naranjo que al marchar se había quitado Mina de la cabeza y le había arrojado.

El buen profesor bajó con Justino.

En cuanto al cura de la Bouille ya nada tenía que hacer en París, y á las seis de la tarde volvió á tomar el carruaje de Rouen, llevándose aquel maldito dinero que había causado tamaña desgracia.

Mientras se alejaba de la gran Babilonia, donde bien pronto va á desarrollarse nuestro drama, Justino y su profesor habían bajado á la habitación de los escolares, á quienes se había dado asueto con motivo de la gran solemnidad que debía tener lugar, y al mismo tiempo á causa de ser el lunes de Carnaval, que como cosa extraordinaria caía este año á principios de Febrero.

El aspecto sombrío de su discípulo inspiraba al buen Muller un terror profundo ; púsose con la esperanza de distraerle á recordar á Justino todas aquellas rancias historias de colegio hasta el momento en que llegó al encuentro de la jovencita.

Quiso detenerse allí ; pero entonces fué Justino quien á su vez refirió bien minuciosamente por cierto día por día la deliciosa vida que había tenido durante seis años.

Hemos sido demasiado felices, dijo : numerosos presentimientos me han advertido de que era preciso prepararme á pagar cara un día ú otro aquella victoria que había obtenido sobre un aciago destino... He gozado durante seis años de una felicidad inefable, esto es, casi la sexta parte de la vida : pocos hombres pueden decir otro tanto. He olvidado las alegrías de estos seis años ; olvidaré la desgracia como he olvidado la alegría : placeres y dolores se confundirán un día en la obscura tinta del pasado. No os inquietéis pues por mí, querido maestro : nunca me creáis capaz de una sombría resolución. Además ¿ me pertenezco á mi mismo ? ¿ No me debo á mi buena madre y á mi pobre hermana ? No, no, mi querido maestro, mi partido está tomado. He luchado contra la miseria, y lucharé contra el dolor... Dejádme unos días para que se cicatrice mi herida : permítme sobre todo que permanezca solo : hay en la soledad para los corazones resignados una religión desconocida : ¡ la

resignación, querido maestro, es la fuerza de los débiles, y me veréis volver á entrar más fuerte y más experimentado en el combate de la vida !

Salió el viejo maestro atónito, casi asustado del poder de la resignación de aquel hombre, pero tranquilizado completamente en cuanto á las consecuencias de su desesperación.

Justino, después de haber acompañado al maestro hasta la puerta de la calle, volvió á entrar en su habitación, y se paseó lenta y largamente con los brazos cruzados, la cabeza baja, dirigiendo de vez en cuando los ojos al cielo como si hubiera querido preguntarle la explicación de esta palabra, de ese enigma que se llama *fatalidad*.

Dos ó tres veces llegó á la puerta del armario, donde el violoncelo dormía en su caja.

Pero ni siquiera le abrió.

Aquella tarde estaba aún demasiado débil.

Paseóse así hasta las tres de la mañana.

Su dolor se petrificaba, por decirlo así, en su seno, y le ahogaba. Arrojóse sobre su lecho ; dominóle la fatiga, y se durmió.

La vispera había tenido el mismo insomnio y el mismo ensueño, sólo que era la alegría, la que había tenido sus ojos abiertos, y la fatiga de la felicidad se los había cerrado.

Felizmente el día siguiente era martes de Carnaval, día de descanso : estaba pues libre para aislarse con su dolor, cogerle á brazo partido, y luchar con él intentando vencerle.

La lucha duró todo el día.

Después de haber abrazado á su madre y á su hermana, salió al amanecer : fué de nuevo á visitar el lugar donde

en una hermosa noche de Junio había encontrado la niña acostada en los sembrados y las flores.

No había ni acianos azules, ni rojas amapolas, ni rubias espigas ; la tierra estaba como su corazón, desnuda, despojada, resquebrajada por el invierno.

Fué á pasearse á los bosques de Meudon, tan alegres, tan risueños, tan llenos de sol y de verdura cuando se paseaba con su maestro ; llegó hasta las puertas de Versalles.

Tuvo fuerza suficiente para no llegar hasta le casa de pensión.

¿ Á qué volver á ver á la pobre niña ?

¿ No estaba seguro de que ella lloraba lejos de su vista ?

¿ No lo estaba también de que á su vista lloraría mucho más ?

¿ Ninguna esperanza le quedaba ! Para él era claro que Mina pertenecía á alguna familia rica y aristocrática : ¿ y qué probabilidad tenía de que se la diesen á él, humilde y pobre ?

Podía verla sin duda, pero eso era justamente lo que él no quería.

Volvió á entrar en su casa á las diez de la noche : había andado quince leguas durante el día, y no sentía el menor cansancio.

Su madre y su hermana le aguardaban las dos llenas de inquietud.

Entró con el semblante risueño, las abrazó, y bajó á su habitación.

Pasó allí lo mismo que había pasado la vispera : se paseó también lenta y tristemente : contó las horas hasta medianoche : al fin, después de haberse detenido, como le vispera, dos ó tres veces delante del armario donde estaba

su violoncelo, se decidió á abrir la puerta, sacó el instrumento de su caja y lo miró con una melancolía profunda.

Recuerda que la jovencita, por un capricho de niña, le había hecho renunciar á tocar aquel sombrío instrumento: le hemos visto cogerle muchas veces, sacarle de la caja, estrecharle entre sus rodillas, embriagarse con la melodía ausente, pero no sacar de él ni una sola nota.

Hoy volvía á él.

¡ He sido ingrato, dijo, mi antiguo amigo, mi tierno consolador !

Te he abandonado durante mis días de alegría: te vuelvo á encontrar durante mis días de infortunio.

Y abrazó el violoncelo con efusión.

¡ Oh fuente inagotable de consuelos ! continuó, ¡ música, refugio de las almas desconsoladas ! ; yo he hecho como el hijo pródigo: te he dejado un día, querida familia de mi alma ! ; he sido acribillado de dolores, y vuelvo á tí con los pies maltratados, el alma despedazada, y me tiendes los brazos, diosa de la armonía, y me recibes con el corazón lleno de misericordia y de amor !

Y como había hecho con el instrumento, sacó del armario su viejo libro de música, lo puso sobre su pupitre, lo abrió, instalóse sobre el alto taburete, cogió el violoncelo, y colocó el arco sobre las cuerdas.

En el momento de tocar cayeron dos lágrimas de sus ojos. Puso el arco sobre su brazo izquierdo, tomó su pañuelo, enjugó lentamente sus párpados húmedos, y comenzó á tocar el mismo canto grave y melancólico que Salvador y Juan Robert habían oído dos horas antes del principio de este relato...

¡ Se sabe cómo Salvador había llamado á la puerta, cómo habían sido introducidos por Justino los dos amigos,

cómo le habían preguntado la causa de sus lágrimas, cómo en fin el maestro de escuela había consentido en referirles su historia ? Esta historia era la que acabamos de presentar á la vista de nuestros lectores.

Esta historia la habían escuchado los dos jóvenes con impresiones bien diferentes.

El poeta se había conmovido vivamente en ciertos pasajes; la escena de la madre condenando á su hijo á la desgracia antes que dejarle cometer una acción dudosa, le había hecho venir las lágrimas á los ojos.

El filósofo la había oído con una insensibilidad aparente desde el principio al fin: sólo se había estremecido al nombre de la señorita Susana de Valgeneuse y de Mr. Lorédán de Valgeneuse: hubiérase dicho que no era la primera vez que oía pronunciar aquellos nombres, y cada uno de ellos parecía haberle hecho en lo moral la misma impresión que hace en lo físico el contacto de un cuerpo duro con una herida mal cicatrizada.

— Caballero, dijo Juan Robert, seríamos indignos de haber oído lo que acabáis de referirnos si intentásemos dar á un hombre como vos triviales consuelos... Hé aquí nuestras señas; si en alguna ocasión necesitáis de dos amigos, pedimos la preferencia.

Y al mismo tiempo Juan Robert desgarró una página de su cartera, y escribió los dos nombres y las señas de las dos y las dió á Justino.

Tomólas éste, y las puso entre las páginas de su libro de música.

Allí estaba seguro de encontrarlas todos los días.

Después tendió sus dos manos á los dos jóvenes.

En el momento en que se apretaban las cuatro manos llamaron violentamente á la puerta.

¿Quién podía llamar á aquellas horas?

Justino estaba de tal suerte desprendido de todo otro interés que aquel que le preocupaba, que ni siquiera pensó que el que tan vigorosamente llamaba pudiera buscarle á él.

Dejó salir á los jóvenes, y al salir abriría la puerta al nocturno visitador, ó más bien matinal porque los primeros rayos del día comenzaban á aparecer.

El que llamaba á la puerta era un muchacho de trece ó catorce años, de cabellos blondos rizados todo en derredor de la cabeza, de sonrosadas mejillas y vestidos ligeramente desharapados.

Un verdadero pilluelo de París con blusa azul, gorro sin visera y zapatos descalcañados.

Levantó la cabeza para ver quién venía á abrirle la puerta.

— ¡ Calla ! sois vous Mr. Salvador, dijo.

— ¿ Qué vienes á hacer aquí á esta hora, Babolín ? preguntó Salvador, cogiendo amistosamente al pilluelo por el cuello de su blusa.

— ¡ Ah ! traigo á Mr. Justino una carta que la Brocante ha encontrado esta noche al hacer su correría.

— Á propósito del maestro de escuela, ¿ sabes que me has prometido que habías de saber leer para el 15 de Marzo ?

— ¡ Y bien ! ¡ y bien ! ¡ y bien ! aun no estamos más que á 7 de Febrero.

No hay por lo tanto tiempo perdido.

— ¿ Sabes que si no lees de corrido el 15 te quito el 16 los libros que te he dado ?

— ¿ Y también aquellos en que hay imágenes ? ¡ Oh Mr. Salvador !

— Todos sin excepción.

— ¡ Pues bien ! Ved, Mr. Salvador, ved que se sabe leer, dijo con aire satisfecho el chico.

Y dirigiendo los ojos al sobre de la carta, leyó :

« Á Mr. Justino, arrabal de Santiago, número 20.

» Un luis de recompensa á quien le entregue esta carta.

» MINA. »

El sobre y la nota estaban escritos con lápiz.

— ¡ Llévala ligero, llévala ligero, hijo mío ! dijo Salvador empujando á Babolín hacia el lado de la habitación del maestro de escuela.

Atravesó Babolín el patio en dos zancadas y entró gritando :

— ¡ Señor Justino ! ¡ señor Justino ! una carta de la señorita Mina.

— ¿ Qué hacemos ? preguntó Juan Robert.

— Quedémonos, respondió Salvador; es probable que esa carta anuncie algún nuevo acontecimiento, en el cual nuestra asistencia pueda ser útil á ese buen hombre.

No había concluido Salvador cuando apareció Justino en el umbral de su puerta, pálido como un espectro.

— ¡ Ah ! ¡ estáis ahí todavía ! exclamó ; ¡ alabado sea Dios ! — Leed, leed...

Y alargó la carta á los dos jóvenes.

Tomóla Salvador, y leyó :

« ¡ Me roban por fuerza, me arrastran... no sé adónde !  
¡ Ven á mi socorro, Justino ! ¡ sálvame, hermano mío ! ¡ ó  
véngame, esposo mío !

» MINA. »

— ¡ Ah ! ¡ amigos míos ! exclamó Justino, tendiendo los brazos á los dos jóvenes ; ¡ la Providencia es quien os ha conducido aquí !

— ¡ Y bien ! dijo Salvador á Juan Robert, pedíais una novela : creo que ya la tenéis aquí, querido !

## CAPÍTULO VI.

### MÁS PRONTO POR EL CAMINO MÁS CORTO.

Los tres jóvenes se miraron un instante.

El primer minuto lo dedicaron al asombro : el segundo sobre todo, Salvador lo dedicó á recobrar la sangre fría.

— ¡ Calma ! dijo : el asunto es grave : se trata de no obrar como chiquillos.

— ¡ Pero la roban ! gritó Justino, ¡ la llevan ! ¡ me llama ! ¡ me llama á su socorro ! ¡ me pide que la vengue !

— Sí, perfectamente ; pero por eso es preciso saber quién la roba y adónde la llevan.

— ¡ Oh ! ¡ y cómo saberlo ! ¡ Dios mío, Dios mío !

— Todo se sabe con el tiempo y la paciencia, mi querido Justino. Estáis seguro de Mina, ¿ no es verdad ?

— Como de mí mismo.

— ¡ Pues bien ! estad tranquilo que ella sabrá defenderse. Vamos á lo más pronto por el camino más corto.

— ¡ Oh ! sí, tened piedad de mí... ¡ me vuelvo loco !

Desvaneciase la resignación de Justino á la idea de que Mina estaba en manos de un raptor cualquiera y podía ser sometida á alguna violencia física ó moral.

— ¿ Está ahí Babolin ? preguntó Salvador.

— Sí.

— Interroguémosle.

— Interroguémosle, repitió Justino.

— En efecto, dijo Juan Robert, por ahí deberíais principiar.

Volvieron á entrar en la habitación del maestro de escuela.

— Por lo pronto, dijo Salvador, dad un luis á ese muchacho para su madre, y una moneda cualquiera para él.

Justino sacó dos luises y dos monedas de cinco francos de su bolsillo y las dió á Babolín.

Pero Salvador se apoderó de la mano del muchacho en el momento en que la cerraba, se la abrió á la fuerza, y con grande desesperación de Babolin sacó de ella un luis y una pieza de cinco francos que devolvió á Justino.

— Volved esos veinticinco francos á vuestro bolsillo, dijo : de aquí á una hora encontraréis en qué emplearlos.

Después volviéndose al muchacho :

— ¿ Dónde ha encontrado esa carta tu madre ? preguntó

— ¿ Qué quiere ? dijo el chicuelo con aire mohino.

— Te pregunto dónde ha encontrado esta carta tu madre... por qué calles ha andado.

— ¿ Lo sé yo acaso ? preguntádselo á ella.

— Tiene razón, dijo Salvador, á ella es á quien se le debe preguntar, y hasta es probable que ella espere vuestra visita..... aguardad, organicemos bien nuestras baterías.

— Dirigidnos : yo os obedeceré... En cuanto á mí he perdido la cabeza.

— Sabéis que podéis disponer de mí, mi querido Salvador, dijo Juan Robert.

— Sí, y cuento también con daros un papel en este drama.

— Sea, y todo lo activo que queráis. He tenido mis emociones como autor y no me disgustaría tenerlas como actor.

— ¡ Oh ! por Dios, señores, por Dios, os lo suplico.. dijo Justino mirando como muy precioso cada minuto que transcurría.

— Tenéis razón... Hé aquí lo que hay que hacer.

— Decid.

— Vos, Justino, vais á seguir á este niño á casa de su madre.

— Estoy pronto... Esperad...

— Vos, Juan Robert, vais á buscar un caballo ensillado y vendréis con él á la calle de Triperet, número 11.

— Nada más fácil.

— Yo voy á denunciar el hecho á la policía.

— ¿ Conocéis algún individuo de ella ?

— Conozco el hombre que necesitamos.

— ¡ Bien ! ¿ y después ?

— Y después nos reuniremos en la calle de Triperet, número 11, en casa de la madre de este chico, y allí veremos lo que se ha de hacer.

— ¡ Vamos ! ¡ Ven, pequeño ! dijo Justino.

— Dejad lo primero una palabra para tranquilizar á vuestra madre, dijo Salvador ; porque es posible que volváis tarde, y hasta que no volváis.

— Tenéis razón, dijo Justino : ¡ pobre madre ! ¡ y yo que la olvidaba !

Y trazó apresuradamente algunas líneas sobre un papel que dejó abierto sobre la mesa de su habitación.

Anunciaba á su madre únicamente que una carta que

acababa de recibir hacia que estuviese ocupado todo el día.

— ¡ Y ahora, partamos ! dijo.

Lanzáronse los tres jóvenes fuera de la casa ; podrian ser las seis y media de la mañana.

— Hé aquí vuestro camino, dijo Salvador indicando de lejos á Justino la calle de las Ursulinas. — Hé aquí el vuestro, añadió, mostrando á Juan Robert la calle de la Bourbe ; — y hé aquí el mio, concluyó tomando la calle de Santiago.

Después, cuando hubo andado unos treinta pasos, se volvió gritando :

— La cita en la calle de Triperet, número 11.

Sigamos al héroe principal de los acontecimientos que en este momento pasan, y mientras que Juan Robert corre por la calle de la Universidad á hacer ensillar su caballo, y Salvador se apresura á ir á la policía. — Sigamos á Justino Corby, que avanza hacia la calle de Triperet marchando detrás de Babolín.

La calle de Triperet es, como todo el mundo sabe ó más bien como nadie sabe, una callejuela paralela á la de Copeau y perpendicular á la calle Gracieuse.

Todo aquel cuartel recordaba aún en 1827 el París de Felipe Augusto. Las fangosas sentinas que circulan en derredor de las murallas de Santa Pelagia dan á esta prisión el aire de una antigua fortaleza edificada en medio de una isla : aquellas calles, apenas de ocho ó diez pies de ancho, estaban obstruidas por montones de estiércol y escombros : las cloacas, en fin, donde vegetaban los desgraciados habitantes de aquellos cuarteles, parecían más bien cabañas que casas.

Delante de uno de aquellos chiribitiles fué donde se detuvo Babolín.

— Aquí es, dijo.

El lugar era hediondo, y sudaba por todos los poros la miseria y la basura.

Justino ni siquiera fijó la atención en él.

— Marcha delante, dijo, y yo te seguiré.

Babolín entró sin detenerse, como decirse suele, como gente de casa.

Al cabo de diez pasos detúvose Justino.

— ¿ Dónde estás ? dijo, no te veo.

— Aquí estoy, Mr. Justino, dijo el pilluelo acercándose al maestro de escuela; cogeos á la falda de mi blusa.

Cogióse Justino á la falda de la blusa de Babolín, y subió paso á paso la alta y pendiente escalera, que llevaba el pretencioso nombre de escalera y conducía á casa de la Brocante.

Llegaron á la puerta de su perrera, y la habitación de la Brocante parecía bajo todos aspectos justificar este nombre, porque apenas sobre la meseta oyéronse los ladridos chillones de una docena de perros que ladraban y aullaban en todos los tonos de la escala.

Hubiérase dicho que era una trailla que reconocía el rastro.

— Soy yo, madre, dijo Babolín haciendo una trompeta con sus dos manos colocadas al ojo de la cerradura; ¡ abrid ! estoy acompañado.

— ¡ Queréis callaros, hato de rabiosos ! gritó del interior de la habitación, y dirigiéndose á la trailla la voz de la Brocante. No se entiende uno aquí..... ¿ quieréis callar, César ? ; Silencio, Plutón ! ; silencio todos !

Y á este mandato pronunciado con voz amenazadora, hubo un silencio tal, que se hubiera oído correr un ratón en aquella casa, donde por otra parte no debían faltar ratones.

— Ya puedes entrar tú y quien te acompañe, dijo la voz.

— ¿ Y cómo ?

— No tienes más que empujar la puerta : no está echado el cerrojo.

— ¡ Oh ! entonces es otra cosa.

Y Babolín levantando el picaporte empujó la puerta, que se abrió dejando paso al impaciente Justino, poniéndole enfrente de un espectáculo, que sin ser de los más poéticos, merece sin embargo una descripción particular.

Imaginense en efecto el lector una especie de taller ó mercado partido en su longitud y en su latitud por dos vigas puestas en cruz y destinadas á sostener el techo de aquel granero del que se había hecho una cámara. Un cielo raso compuesto de latas sirviendo de base á las tejas, y por cuyos intersticios se podía gozar de los primeros resplandores del día ; en ciertos puntos las hinchazones del techo tan amenazadoras, indicaban que estaba fuera de duda que la cubierta iba á hundirse al primer viento de la tempestad.

Imaginense paredes de yeso grises y húmedas, á lo largo de las cuales corrían arañas solitarias mirando con desdén las reuniones de insectos de todos géneros, y se comprenderá la impresión de disgusto que hubiera sentido todo hombre llamado á semejante lugar bajo el poder de un sentimiento menos imperioso que el que atraía allí á Justino.

Una docena de perros dogos, zarceros, de aguas, dinamarqueses bullían en uno de los ángulos de la cámara, amontonados todos doce en una banasta, donde hubiesen estado sólo con comodidad cuatro ó cinco todo lo más.

En el ángulo que formaban las dos vigas estaba colocada una corneja que batía las alas, sin duda como una manifestación de su alegría durante el concierto de los perros.

Sentada sobre un escabel, arrimada al pie de la viga, que semejante á un pilar sostenía todo aquel vacilante edificio rodeado de una especie de escarpa de trapos (e todas telas y todos colores que subía contra la pared á la altura de tres ó cuatro pies; una mujer que aparentaba tener unos cincuenta años, alta, delgada, huesosa, extenuada como una yegua de un coche simón, tenía arrodillada entre sus piernas á una joven cuyos negros cabellos peinaba con un cuidado que denotaba en la vieja gitana, ó un grande afecto á la joven, ó un gran respeto á la belleza de su cabellera.

Esta escena, que no dejaba de ser pintoresca, á causa sobre todo de la oposición típica de los personajes que la componían, estaba iluminada por una lámpara de piedra arenisca colocada sobre un maniquí vuelto y bastante semejante por la forma á esas lámparas romanas, encontradas en las excavaciones de Herculano ó Pompeya.

La anciana, sin duda la que Babolin había designado con el nombre de la Brocante, estaba vestida con unos harapos negros de telas reunidas á derecha é izquierda, cosidas una al lado de otra y que parecían destinadas como las muestras que da un sastre ó un comerciante á presentar todas las fases del negro.

La joven arrodillada entre sus piernas sólo tenía por todo traje una larga camisa de tela cruda semejante á aquella con que Scheffer viste á Mignón: aquella camisa tenía la forma de una blusa, porque estaba ceñida á la cintura por una especie de cordón de algodón blanco, negro y encarnado, á cuyos extremos pendían dos grandes bellotas bastante semejantes á las que sirven para las abrazaderas de las cortinas: el cuello y el pecho de la niña estaban cubiertos con una manteleta de lana encarnada toda desg-

rrada, pero que armonizaba con el cordón todo lo que la lana puede armonizar con el algodón.

Sus dos pies cruzados, y sobre los que descansaba acurrucada, estaban desnudos.

Eran dos pies encantadores, dos pies de princesa, de andaluza, ó de gitana: en cuanto á su rostro, que lo volvió hacia la puerta en el momento en que se abrió para dar paso á Babolin y el maestro de escuela; en cuanto á su rostro, decimos, tenía esa palidez enfermiza de las pobres flores desoloradas de nuestros arrabales: sus facciones eran de una pureza y de una regularidad admirables; pero los enflaquecidos contornos de aquella figura lacerada entristecían y admiraban. Los ojos hundidos, la profundidad de las órbitas, las miradas inquietas, las mejillas hundidas, al contrario de como debían estar, la boca entreabierta como un recuerdo de hambre ó terror, la frente grave, la voz dulce y armoniosa, las palabras raras de aquella niña de trece años, todo contribuía á dar á su aspecto un no sé qué de extraño y fantástico que hubiera recordado á nuestro amigo Petrus, si se hubiese encontrado frente á frente de aquel modelo encantador, la idea que tenía formada de Medea niña ó de Circe adolescente. No le faltaba á aquella joven más que una varita de oro y el encuadramiento de la Tesalia ó de los Abruzzos para ser una maga; no le faltaba más que una túnica con flores de púrpura y perlas en derredor de los brazos y en los cabellos para ser una encantadora; no le faltaba más que una corona de ninfas y un carro de nácar tirado por palomas para ser una hada.

Por lo demás, y á fin de volver á entrar en la funesta realidad, era (aparte la poesía y una limpieza extraña en medio de aquella miseria), era, decimos, la encarnación de la parisiense de aquellos tristes barrios: la falta de aire, la



falta de sol, la falta de alimento, la ausencia de esos tres elementos de la vida, se mostraba con indelebles caracteres en todo el misero cuerpo de la pobre criatura.

Digamos en seguida á riesgo de entorpecer nuestra acción (de la cual por otra parte es sólo un episodio la historia de Mina y de Justino), digamos en seguida, repetimos, lo que se sabe de esta misteriosa y poética niña.

Volveremos á encontrar á Babolin y al maestro de escuela en el umbral de la puerta donde les dejamos.

## CAPÍTULO VII.

ROSA DE NOEL.

Una noche (era en la del 20 de Agosto de 1820 y serian las nueve poco más ó menos) volvía la Brocante con una pequeña carreta que Justino hubiera podido ver en el patio y un asno que hubiera podido oír rebuznar en la cuadra; volvía la Brocante, decimos, de vender una partida de trapos á la fábrica de papel de Essonne, cuando de repente vió surgir de un lado del camino y como si saliera del foso, la silueta de un niña que se precipitaba hacia ellos con los brazos abiertos, la frente pálida, el pecho anhelante, todo el cuerpo temblando, dando señales del más profundo terror y gritando:

— ¡ Socorro ! ¡ socorro ! ¡ Salvadme !

Pertenecía la Brocante á esa raza de bohemios y gitanos que tiene el extraño instinto de robar los niños como las aves de rapaña se llevan las golondrinas y las palomas: de-

tuvo su asno, bajó de su carreta, tomó la niña entre sus brazos, volvió á subir con ella á su carreta, y arrodó su jumento. Y (preciso es decirlo) al llevar á cabo esta acción tenía la Brocante más bien el aire de una loba que se lleva un cordero que el de una mujer que salva una criatura.

Este acontecimiento, rápido como el pensamiento, había tenido lugar á cinco leguas de París entre Juvisy y Fromenteau.

La niña venía por el lado izquierdo del camino.

Ocupada la Brocante sólo en alejarse rápidamente, no pensó en examinar la niña hasta después de haber andado un cuarto de legua poco más ó menos al trote de su asno.

Estaba la niña sin nada en la cabeza; sus largos cabellos, cuyas trenzas se habian desatado ó en la carrera que había dado ó en la lucha que había sostenido, la colgaban por detrás; su frente estaba chorreando sudor; sus pies indicaban que había dado una larga carrera á través de los campos, y su vestido blanco estaba todo salpicado de la sangre que se escapaba de una herida poco profunda por fortuna, y que parecía haber sido hecha ó más bien intentada hacer con un instrumento punzante y cortante.

Una vez en la carreta, la niña que parecía tener á lo menos cinco ó seis años de edad (aprovechándose de la oportunidad que la Brocante le proporcionaba ocupando las dos manos en conducir y arreando su jumento) se había deslizado como una culebra de las rodillas de la anciana al suelo de la carreta, y se había refugiado en el más lejano rincón, respondiendo á todas las preguntas con estas solas palabras:

— ¿ No corre en pos de mí ? ¿ no es verdad ? ¿ no corre en pos de mí ?...

Lo que hacía que la Brocante, que parecía temer tanto